

VIDA DE SAN ODILÓN, ABAD DE CLUNY Y CONFESOR, DE LA ORDEN DE SAN BENITO. (Año del Señor 1049, 1 de enero) Con notas de André Duchesne y Anónimo.

400 PEDRO DAMIÁN a las santas Iglesias que están en las partes occidentales de las Galias, salud en Cristo Jesús.

Hugo, rector del monasterio de Cluny y líder de la milicia espiritual y principal instructor, me impuso la tarea de escribir brevemente la Vida del Beato Odilón, su predecesor, con mi propio estilo, y de los escritos más extensos de las páginas anteriores, extraer lo más útil y necesario en un breve compendio. Compelido por su mandato, no buscaré la belleza de un elocuente discurso, sino que, como pueda discernir de los documentos presentados, con la ayuda del Dios omnipotente, intentaré servir a la pura verdad. Es superfluo usar una lámpara en la mano cuando intentas distinguir las señales de las estrellas brillantes; yo también, al mostrar los actos del hombre admirable, como estrellas de un cielo sereno y transparente, no necesito las sutilezas de la elocuencia urbana. La vida de los santos, fielmente narrada, brilla por sí misma de tal manera que no requiere el esplendor de un discurso elaborado para iluminar los corazones de los fieles. Además, la rusticidad de un discurso inculto suele purgar la sospecha de falsedad. Pues quien apenas puede pronunciar un discurso pulido, ¿cómo sabría fabricar una mentira? Y ciertamente es de mayor honor para ti ser rey en hierro que si fueras siervo en oro; y es más adecuada el agua clara en un vaso de barro que turbia o sucia, que no es su sabor propio, sino los adornos exteriores de las gemas lo que la recomienda. Así también, es mejor la verdad en palabras simples que la mentira en la belleza elaborada del discurso. Pero ya que el asunto mismo se presenta, imploremos la ayuda de esa suma verdad, por la cual se promete la Palabra abreviada por el profeta (Isaías X); para que en este artículo de escritura, nos muestre concisos en la brevedad adecuada y ajenos a la nota de falsedad.

El Beato Odilón, oriundo de Auvernia, 401 de linaje noble, aunque de orden ecuestre, trascendió la línea de la descendencia terrenal con la nobleza de la vida celestial. Cuando aún estaba en la tierna infancia, fue repentinamente constreñido por tal languidez de casi todos sus miembros, que perdió por completo la facultad de caminar. Sucedió que su nodriza lo dejó ante la puerta de una basílica dedicada en honor de la bienaventurada Madre de Dios, y ella, ocupada en sus asuntos, se alejó por diversos lugares. El niño, viéndose sin guardián y privado del ministerio de la diligencia de su nodriza, impulsado por un cierto instinto divino, comenzó a intentar si podía alcanzar las puertas de la iglesia con algún esfuerzo. Así, el inocente, culpable ante Dios, fluctuaba y, bajo el castigo divino, no sabía qué hacer. Inocente, digo, como quien no había pecado; pero culpable ante Dios, porque sufría el castigo celestial. Finalmente, apoyándose repentinamente y como con un cierto remo de manos y pies, apenas llegó a la puerta, y progresando poco a poco, entró. Ya con la esperanza concebida, más fuerte, se aferró al altar y comenzó a erguirse con los esfuerzos que podía. Pero mientras intentaba intempestivamente, aún estaba restringido por la nodosidad del languor no resuelto. ¿Qué más? Finalmente, sintió la ayuda de la virtud divina, y al quedar sano de todo languor, provocó a los que lo miraban a dar gracias a Dios. Y porque entonces no había otro que intercediera por él, el santo mismo, por así decirlo, mostró en sí mismo un signo de virtud, él mismo intercedió por sí mismo; y haciendo del mismo milagro la medicina, obtuvo la curación divina. Esto es, en verdad, un milagro notable y distinguido, cuando un hombre no por otro, sino él mismo, se procuró la ayuda de la virtud divina.

402 Además, cuando creció hasta alcanzar una edad más madura, primero fue hecho clérigo en el santuario de San Julián mártir, luego se entregó al magisterio del Beato Mayolo, un confesor ilustre, y en el monasterio de Cluny recibió el hábito de la santa religión. Donde, mientras permanecía tranquilo y simple, humildemente en la santa religión, y ya en el mismo

inicio de la conversación novicia, algunos signos de perfección ya brillaban en él, apenas transcurridos cuatro años, el Beato Mayolo durmió en el Señor, pero antes de que pagara la deuda de la humanidad, cuando el momento de la bienaventurada dormición se acercaba, designó al Beato Odilón como su sucesor en el cuidado del oficio pastoral, y lo dejó como su vicario sobre la custodia del rebaño del Señor. Inmediatamente, los votos de todos los hermanos convergen en él, todos se someten a su obediencia con devoción unánime; y aquellos que hasta entonces se lamentaban de haber quedado huérfanos, compensan la pérdida del padre con la reforma del vicario igual.

Ya establecido en la preocupación del gobierno encomendado, comenzó a florecer en muchas virtudes de la santa religión; ciertamente, para que se dedicara vigilante a los estudios de la salmodia, mortificara su cuerpo con dura abstinencia, y no se apartara de los altares sagrados, ofreciendo casi diariamente a Dios omnipotente el sacrificio de alabanza. Entre estas vigilias de devoción piadosa, a menudo se llenaba de abundantes compunciones de lágrimas.

Por otra parte, Adraldo, abad del monasterio de Bremen, un hombre religioso y conspicuo por la honestidad de su santa conversación, que había sido su discípulo, nos relató en alguna ocasión que el hombre de Dios, mientras yacía en la enfermedad en la que después murió, le ordenó que, a partir del cálculo del ábaco, recopilara cuál podría ser la suma de las misas que celebró durante el espacio de cincuenta y seis años, en los que gobernó el monasterio. En este hecho se percibe claramente cuán duradera, cuán inextinguible fue la llama del amor divino que consumió el pecho del beato, que la preocupación de tantas tareas, de tantos negocios inminentes, no pudo apartarlo de ofrecer diariamente los sacrificios saludables.

En la distribución de limosnas, además, era tan generoso que algunos, al verlo dispersar todo sin vacilación, lo juzgaban no como un dispensador, sino como un pródigo; especialmente en un tiempo en que una fuerte hambruna afligía intensamente las tierras de Aquitania y oprimía pestilentemente muchas provincias de las Galias, agotados ya los tesoros en el uso de los pobres, y los graneros de cualquier tipo de provisiones no medianamente diezmados, incluso rompió muchos vasos del santuario, vendió los ornamentos de la iglesia, y no perdonó la corona que el emperador Enrique le había enviado en memoria suya. Así, para mitigar la escasez de tan amarga hambre, en lo que pudo, dedicó todo lo que pudo reunir de recursos aquí y allá, en sustentación y alimento de los necesitados.

Un día, mientras el piadoso caballero avanzaba por el camino, encontró a dos niños muertos de hambre en el camino. Inmediatamente, desmontando de su caballo, se quitó la túnica de lana que llevaba puesta, y con ella, en la medida en que la cantidad de tela lo permitía, envolvió ambos cadáveres, y les dio sepultura. Pues también contrató sepultureros por un precio, y siguiendo el cortejo fúnebre hasta la tumba, pagó a los hermanos difuntos la deuda de la piedad humana.

En la misma historia de sus gestas se encuentra que acostumbraba no solo a mortificar su cuerpo con duros ayunos, a domarlo con cilicios ásperos, sino que lo ceñía con ciertos lazos de hierro. En la recepción de alimentos, se moderaba de tal manera que, tocando cada cosa que se le presentaba, y sirviendo solo a la necesidad natural de manera dispensativa, evitaba la vanidad de la superstición y mantenía la continencia de la sobriedad. En la promulgación de juicios y en la imposición de modos de penitencia, era tan piadoso y tan compasivo con los afligidos, que no exhibía el severo mandato de un padre, sino más bien el afecto de una madre. Por lo cual, a quienes lo reprendían, solía responder elegantemente con estas palabras: Aunque deba ser condenado, decía, prefiero ser condenado por misericordia que por dureza o crueldad. Entre otros santos, ardía con tan ardiente devoción hacia la bienaventurada Madre

de Dios, que, estando en el coro de los salmistas, cuando llegaba al versículo de la alternancia de los modulantes: Tú, al liberar al hombre, no temiste el vientre de la Virgen, se postraba en tierra; y así, con su cuerpo mostraba con qué llamas de deseo celestial ardía en su mente.

El santo varón, al crecer en buenas costumbres por los incrementos diarios de la piadosa conversación, y aspirando cada día más fervientemente al culmen de la perfección, comenzó a brillar con algunos milagros; para que quien era claro en la probidad de las costumbres, también resplandeciera en la manifestación de los signos; y quien era una lámpara ardiente ante los ojos del Dios omnipotente, también se convirtiera en una luz resplandeciente ante los hombres (Juan V). Por lo cual, disponiendo el juicio divino, sucedió que, siendo de aquellos a quienes se dijo: Vosotros sois la luz del mundo (Mateo V), primero exhibiera un milagro de luz. En una ocasión, mientras estaba en una villa de su jurisdicción, llamada Bersoniacum, vio a un niño, de forma hermosa, pero ciego de nacimiento. Al indagar, supo que era hijo de un campesino y que nunca había tenido visión. Compadeciéndose de él con piadosa benignidad, y orando en silencio, como quien aún no había experimentado tales cosas, finalmente llamó al niño, le hizo la señal de la cruz salvadora en la frente, y de inmediato el niño recibió la vista que la naturaleza le había negado.

En otra ocasión, mientras el hombre de Dios estaba en su monasterio llamado Vallis Aurea, el miércoles de la primera semana de Cuaresma, que se llama el inicio del ayuno, al levantarse de la mesa los hermanos, llenó en secreto un puñado de ceniza y, colocando el pan, se sentó. Y mientras comía la ceniza como si fuera pan, para mezclar también su bebida con llanto, según el Profeta (Salmo CI), hizo señas a un hermano para que le trajera agua en secreto, sin testigos. El hermano cumplió lo que se le ordenó; trajo agua, que, al ser llevada a los labios, se sintió con el sabor del vino. Reprimió entonces la mano, apartó el vaso, y con señales evidentes ordenó al servidor que le trajera agua. El servidor se asombró; y se maravilló de haber traído vino de la mesa cuando había ofrecido agua. Sin embargo, repitió el servicio, vertió el vino, llenó el vaso con agua, y nuevamente lo presentó al que estaba sentado. Pero he aquí, cuando se repitió el intento de beber agua, nuevamente se encontró vino en el vaso. Ya entonces el santo varón, reconociendo el beneficio de la piedad divina hacia él, lo que consideró que Dios le concedía misericordiosamente, no rehusó recibirlo con acción de gracias.

Además, cuando el hombre de Dios estaba con el rey Enrique, quien después fue hecho emperador, en la ciudad de Pavía, y celebraba la gloria del nacimiento del Señor, sucedió que el mantel de su mesa, notable por la operación de un trabajo textil artístico, fue robado con sacrílega astucia. Pero después de que el hombre de Dios partió con el rey, el ladrón que lo había robado, ya seguro, propuso el mantel en el mercado para la venta. Pero cuando la disposición celestial se opuso a él, el botín sagrado no pudo ser vendido. Tres veces, pues, lo que había sustraído lo expuso entre las mercancías de las ferias, lo intentó sutilmente tres veces, pero no pudo llegar a un acuerdo con los compradores sobre el precio, ni pudo pactar el comercio venal entre el vendedor y el comprador, porque la disposición divina negó el efecto a los esfuerzos humanos. Mientras tanto, la divina venganza afligió al autor de este crimen, y secando las manos que habían perpetrado el sacrilegio, y los pies con los que el ladrón había huido, lo constriñó con un dolor intolerable. Inmediatamente, pues, compelido por la enfermedad, fue llevado por manos ajenas a la iglesia del beato Mayolo, el mantel robado fue colgado como indicio de su culpa ante todos, y la clemencia divina fue implorada por todo el pueblo, que, agitado por el rumor de esta fama, había acudido. Así, pues, por los méritos del beato Mayolo y las oraciones de los hermanos que le servían, hecho sano e íntegro, devolvió el mantel ajeno y se recuperó a sí mismo. Probó, pues, con qué premio era digno quien ofendiera al beato Odilón.

Otro ladrón, también, mientras el hombre de Dios estaba en la misma ciudad, irrumpió en su establo por la noche y cautelosamente sustrajo el caballo en el que él solía montar especialmente. Pero como el ladrón sacrílego temía ser descubierto en esas partes, huyó rápidamente a la ciudad de Lodi. Seguro, pues, de ser reconocido, propuso el caballo, invitó a los compradores, alabó el vehículo, solicitó el comercio. Pero así la disposición divina lo impidió, que no pudo llegar a un acuerdo con ningún comprador, ni pudo permutar el animal por dinero. Finalmente, volviendo en sí y llevado por el arrepentimiento, devolvió la bestia al lugar consciente de su crimen, y no ocultó lo que le había sucedido para su confusión y la gloria del Dios omnipotente.

El mismo venerable varón, mientras estaba en camino, porque la causa lo dictaba, deseaba cruzar rápidamente y sin demora a Pavía, pero al crecer las aguas, también faltaba una embarcación. Inmediatamente, pues, confiando en Dios, llamó a uno de sus siervos y le ordenó que lo precediera en el nombre de Cristo a través del cauce del río. El siervo obedeció de inmediato, no tardó en entrar en los montones espumosos de las aguas fluyentes, luego el santo varón con toda la multitud de viajeros lo siguió, y así todos fueron trasladados a la orilla opuesta del cauce sin ningún obstáculo de incomodidad. Lo cual, mientras algunos que estaban presentes se maravillaban, como émulos de los que precedían, comenzaron a intentar el paso, pero tan pronto como intentaron tocar las olas extremas de la orilla más cercana, si no hubieran reprimido rápidamente a los caballos, sin duda habrían sufrido naufragio en el abismo de las aguas fluyentes. Uno de los que estaba presente, al ver tan insigne milagro, se asombró y, humildemente suplicando, obtuvo que el hombre de Dios se dignara a entrar en la hospitalidad de su casa.

En el silencio de otra noche intempestiva, un viento más fuerte irrumpió y apagó la lámpara que colgaba en el dormitorio de los durmientes. Despertado el camarero, al reconocer que la luz estaba apagada, para ahuyentar la oscuridad de la noche tenebrosa, pidió que la claridad de la luz divina resplandeciera. Dios, dijo, omnipotente, que eres la luz verdadera, por amor a tu siervo Odilón, aleja las tinieblas de esta casa y llénala con la luz de tu gracia. Inmediatamente, desde el cielo, resplandeció el esplendor de una luz brillante, y la claridad del esplendor celestial iluminó toda la casa. Si, pues, Odilón hacía esto entonces, sumido en el sueño, ¿qué crees que puede ahora ante Dios, liberado de la corrupción de la carga carnal?

Poco antes de la Navidad del Señor, por la inclemencia invernal de las lluvias, el santo anciano se dirigía al monasterio del beato Marcelo mártir. Llegó a un río que, con sus aguas desbordantes, parecía completamente intransitable. Confiando en el Señor, envió a un explorador para que probara los vados, y él mismo, con sus compañeros, lo siguió, cruzando ileso. Pero en este paso de los que cruzaban, lo admirable fue que, mientras a los demás el agua les llegaba hasta los muslos, al hombre de Dios ni siquiera la correa del pie se mojó con la inundación de las aguas. En ese suelo, la onda perdió su poder de humedad: en los demás, sin embargo, exhibió la facultad natural de su fuerza innata. A este, el agua pudo tocarlo, pero no mojarlo; 407 a aquellos, lo que dictaba la naturaleza, los empapó por todas partes.

Además, mientras el hombre de Dios estaba hospedado en el monasterio del beato Martín, que se dice está en la Vía Pública, como era costumbre, dondequiera que estuviera, dondequiera que se dirigiera, no faltaba la multitud de monjes, no tardó en llegar a él un gran grupo de hermanos. A quienes él, recibéndolos con alegría, primero les comunicó la familiaridad de su inefable elocuencia y luego los invitó a compartir con él por caridad. Pero mientras el discurso se prolongaba, tomó aparte a algunos siervos de la familia; indagó diligentemente si había con qué alimentar a los hermanos invitados. Quienes, de los demás

alimentos, afirmaron conocer la cantidad, pero de los peces, casi nada había que alcanzara para tanta multitud de personas. A quienes él dijo: En el nombre de aquel que sabe alimentar a cinco mil hombres con un poco de pan y dos peces (Lucas IX; Juan VI), no como decís, sino que nos ministren una abundante provisión de peces para nosotros y nuestros huéspedes. Cuando, pues, los pocos peces que había fueron traídos por los servidores a la mesa de los comensales, comenzó el alimento a crecer en las manos de los que estaban sentados, y cuanto más era consumido por la multitud de los que compartían, más abundantemente crecía, de modo que, habiendo satisfecho a todos, sobraron muchos, que no solo bastaron para todos los servidores, sino que también, si llegaran otros, serían suficientes para ofrecerles. Inmediatamente, los siervos dijeron: He aquí, Padre, lo que nuestra pusilanimidad no creyó, el mérito de vuestra fe lo obtuvo divinamente. Ya hemos aprendido a no dudar si escuchamos vuestra promesa en el momento de cualquier dificultad. Pero él, como siempre era manso y humilde, no atribuyó a su fe lo que divinamente se había hecho, sino que lo imputó más bien a la obediencia de ellos y a los méritos de los santos huéspedes.

A esto también se asemeja el hecho de que, cuando el siervo de Dios estaba en la ciudad de Roma y tenía su hospedaje en el monte Aventino, en el monasterio de la bienaventurada Madre de Dios, sucedió que, como es habitual en esa ciudad, faltaba completamente el vino que, por su sabor, fuera adecuado para el santo varón. Preguntó, pues, al abad del lugar si tenía mejor. Quien confesó tenerlo y, cuanto él ordenara, lo traería con gusto. El hombre de Dios dio un pequeño vaso que tenía ante sí; pidió que se lo trajeran lleno. Lo trajeron, pues, y lo puso ante sí, y él mismo, principalmente, al modo de un copero, lo sirvió solo a sí mismo y al abad que estaba sentado junto a él. Y cuando ya la comida dictaba que se levantaran de la mesa, y aún quedaba un poco de vino en el vaso, el santo Padre, sonriendo suavemente, dijo: No, hermanos míos, no he mostrado plenamente el oficio de la caridad hacia vosotros, al no compartir con vosotros el vino que me agradó. Tomando, pues, la copa, vertió el vino, y a cada uno les dio uno por bendición. Cosa maravillosa: aunque los hermanos eran casi doce, y al beber ellos, la cantidad de bebida no disminuyó, y al completar su número, no quedó nada en absoluto. Admirando, pues, lo que había sucedido, el hombre guardián de la verdadera humildad, para desviar el don de la gracia divina hacia otro y declinar la gloria del favor humano, atribuyó el milagro de la bendición celestial solo a la caridad de aquel que había dado el vino.

Luego, al salir de Roma y regresar a su tierra, un hombre en la ciudad de Turín sufría de un ardor febril excesivo. Este, furtivamente, a través de los ministros, obtuvo el agua con la que el hombre de Dios se lavaba las manos, la bebió con fe, y así, sin demora, al desaparecer por completo toda fiebre, se recuperó.

Y ya, ascendiendo por los escarpados del monte Jovini, se encontró con pobres que, debido al cansancio de la difícil travesía, pedían bebida con ardiente deseo. Así, el piadoso Padre, descuidando de sí mismo y compadeciéndose de los necesitados, ordenó que todo el vino que se tuviera en los recipientes propios, sin ninguna reserva o desconfianza en la bebida, se ofreciera a los indigentes. Poco después, obligados por la necesidad natural, todos se sentaron para tomar alimento. Y he aquí que los odres, que habían sido vaciados por la piadosa compasión, se encontraron llenos de vino, como si Dios, cumpliendo su deuda, los hubiera llenado. Pues, según la Escritura: "El que da al pobre, presta al Señor" (Prov. XIX). En este feliz intercambio, donde el Señor fue deudor y el siervo prestamista, lo que fue depositado fielmente por el siervo fue pagado sin demora por el buen deudor.

En una ocasión, el emperador Enrique, mientras estaba sentado a la mesa, recibió un vaso de vidrio muy precioso y elaborado con arte de Alejandría, traído con especias trituradas. Inmediatamente llamó a dos capellanes de la corte real, Alberico y Landulfo, quienes más tarde se convirtieron en obispos de las iglesias de Cuma y Turín, respectivamente. A ellos les entregó el vaso, y a través de ellos envió al beato Odilón un regalo de néctar fragante. Los capellanes ofrecieron humildemente el vaso al santo varón, como correspondía, y luego regresaron al banquete del rey. Poco después, como es costumbre de la curiosidad humana mirar con ansia cualquier cosa nueva e inusual, los monjes comenzaron a manipular el vaso mencionado con admiración, pasándolo de mano en mano con cuidado, cuando de repente, de las manos de quienes lo sostenían descuidadamente, cayó y, como es de naturaleza frágil, se rompió de inmediato. Tan pronto como el santo varón supo lo que había sucedido, lo lamentó profundamente y, especialmente, se compadeció con piedad paterna de los clérigos que habían cometido el error, para que no ofendieran al emperador siendo inocentes, y no solo sufrieran la pérdida de la gracia, sino también el peligro del enojo real. Entonces, el piadoso Padre entró en la iglesia con los hermanos, y para que aquellos que eran inocentes de culpa no incurrieran en la indignación real, se dedicó a oraciones y salmos, implorando la clemencia divina. Una vez completada la oración, el hombre de Dios ordenó que le trajeran el vaso roto; lo manipuló con las manos, lo examinó cuidadosamente con los ojos, y he aquí que no se encontró en él ningún rastro de fractura. Entonces, indignado con los hermanos, los reprendió con severidad por quejarse de un vaso que permanecía completamente intacto. Ellos, asombrados por la evidente manifestación del milagro, aceptaron de buen grado la severidad del reproche y se encendieron con fervor para dar gracias al Dios omnipotente.

Además, un hombre religioso originario del país de Rouergue [de Rolez], regresaba de Jerusalén, y mientras cruzaba el mar que se extiende desde Sicilia hacia Tesalónica a través de muchos lugares peligrosos por las olas, y el horror de los vientos furiosos lo empujaba junto con muchos otros, llegaron a una isla o roca donde un santo siervo de Dios vivía recluido. El hombre de Rouergue, permaneciendo allí por un tiempo y esperando la calma del mar, se deleitaba en tener frecuentes conversaciones con el siervo de Dios. Pero mientras aquí se decían algunas cosas, allí se relataban muchas, y el huésped fue preguntado por el hombre de dónde era su origen, a lo que respondió que era originario de Aquitania. Además, al ser preguntado si conocía el monasterio llamado Cluny y a Odilón, su abad, afirmó conocer bien lo que se le preguntaba. El hombre preguntó por qué el siervo de Dios le preguntaba eso. A lo que él respondió: "Hay lugares cercanos a nosotros de donde se vomitan gravísimos incendios de llamas furiosas, en los cuales también las almas de los réprobos sufren tormentos diversos según la calidad de sus méritos. Para aumentar siempre sus suplicios, innumerables demonios están asignados, quienes renuevan diariamente sus intolerables penas y los instan incesantemente a suplicios revividos. Sin embargo, a menudo los he escuchado lamentarse con quejas y vociferaciones lacrimógenas, porque por las oraciones y limosnas de algunos que luchan infatigablemente contra ellos, frecuentemente se les arrebatan de sus manos las almas de los condenados. Entre otras cosas, hacen una gran queja del grupo de Cluny y de su abad, porque a menudo pierden a sus siervos por ellos. Por lo tanto, te conjuro por el terrible nombre de Dios, que relates fielmente a los santos hermanos allí lo que te he dicho, y también les anuncies de nuestra parte que insistan más y más en las limosnas y oraciones, especialmente con el propósito de liberar de las manos de los demonios a aquellos que son torturados por ellos, para que de las diarias rapiñas de ellos se inflija luto al enemigo del género humano y se multiplique el gozo en el cielo". Algún tiempo después, el hombre regresó a su patria y narró fielmente al beato padre y a la santa congregación todo lo que había aprendido del relato del siervo de Dios. Entonces, el venerable padre Odilón estableció un decreto general en todos sus monasterios para que, así como el primer día de noviembre,

según la regla de la Iglesia universal, se celebra la solemnidad de Todos los Santos, así también al día siguiente se celebre la memoria de todos los que descansan en Cristo con salmos, limosnas y especialmente con solemnes misas.

Si alguien, no contento con la generalidad, pregunta quién fue liberado específicamente de los castigos vengativos por el beato Odilón, que aprenda claramente en el papa Benedicto lo que debe pensar de los demás: para que en el pontífice romano, que es la cabeza de todos los cristianos, se pueda deducir claramente lo que con razón debe estimarse de los demás. Este apóstol, por lo tanto, a quien mencionamos, mientras aún vivía, amó afectuosamente al beato varón, lo honró reverentemente y, cuando frecuentaba los umbrales de los apóstoles, a menudo le proporcionó generosos subsidios de lo necesario. A este, tan pronto como murió, su hermano Juan le sucedió en la dignidad apostólica. Ahora bien, después de haber sido apartado de las cosas humanas, transcurrido un considerable lapso de tiempo, el mencionado papa se apareció en una visión nocturna al obispo Juan de Porto y a otros dos, cuyos nombres no nos son conocidos, y les indicó que estaba en las tinieblas penales, añadiendo además que, por los venerables méritos del beato Odilón, la censura celestial había decidido liberarlo de los tormentos. Por lo tanto, les suplica y humildemente les pide que su hermano envíe rápidamente un mensajero ágil al mencionado varón de única piedad, rogándole suplicante que ore por él. Inmediatamente, el mismo obispo Juan de Porto, respaldado por cartas de autoridad apostólica, llegó rápidamente hasta Pavía. Donde, agotado por el largo y quizás excesivamente acelerado viaje, envió a través de los monjes del monasterio de San Majolo las cartas de la legación apostólica, exponiendo toda la serie de la visión que había contemplado al santo varón. En verdad, se sabe que fue hecho por juicio divino, para que el portador de la legación apostólica lo encontrara en el monasterio de Cluny. Por lo tanto, el venerable Padre ordenó que se hicieran salmodias y oraciones por él, tanto en privado como en público, que se distribuyeran limosnas a los necesitados, y que se ofreciera a Dios el sacrificio del misterio de salvación. Y no contento con establecer esto solo en ese lugar, también ordenó edictos de la misma sanción en todos los monasterios bajo su gobierno. Y mientras los hermanos se dedicaban a esto con la más intensa devoción, y la llama de la caridad fraterna, brotando del altar de los santos corazones, penetraba el santuario de la divina clemencia, ya se acercaba el término del tiempo prefijado; y he aquí que un monje de santa conversación, llamado Heldeberto, quien ejercía la obediencia de alimentar a los pobres y proporcionar ayuda a los necesitados, vio en un sueño que un hombre hermoso y de aspecto sereno, y con un cierto resplandor solemne, entraba en el claustro del monasterio acompañado de un gran séquito de vestidos de blanco. Luego entró en el capítulo, donde el hermano Odilón estaba sentado con los hermanos, inclinó humildemente la cabeza a sus pies y, como parecía en el gesto de su cuerpo, le dio gracias. Y cuando el hermano que contemplaba esto en la visión preguntó quién era aquel tan hermoso y resplandeciente que rendía homenaje de saludo al santo varón, se le respondió que era Benedicto, obispo de la sede suprema, quien, por supuesto, agradecía al hombre de Dios porque, por las piadosas oraciones de él y de los santos hermanos, había escapado de la destrucción de los tormentos del Tártaro y había merecido entrar en la Jerusalén celestial para descansar con los ciudadanos bienaventurados.

En esto se puede comprender claramente qué opinión se puede tener con justicia sobre los méritos del beato Odilón, ya que aquel que, según el privilegio de la dignidad apostólica, tenía las llaves de la Iglesia por encima de todos los mortales, quien poseía el poder de atar y desatar con un cierto derecho preeminente, estando ya en ese juicio invisible, no pudo ser liberado de sus pecados ni del castigo penal sino por las oraciones de este.

Por otra parte, mientras en alguna ocasión se encontraba en el monasterio llamado Paterniaco, había allí un pequeño monje llamado Rodulfo, a quien una hinchazón del cuello había

desfigurado hasta el punto de quitarle la claridad de la voz, y además amenazaba de algún modo con privarle también del oído. A este, el hombre de Dios, verdaderamente misericordioso, lo llamó, palpó con la mano el lugar del tumor, luego imprimió la señal de la cruz en la llaga del cuello, y diciendo algunas palabras divinas, lo dejó ir. Luego, de manera maravillosa, así como en otros esa enfermedad, una vez que surge, suele crecer día a día y ocupar miserablemente todo el cuello, en este caso, al contrario, comenzó desde entonces a disminuir sensiblemente cada día, hasta que esa plaga desapareció por completo, y el cuello del niño se reformó en todos los aspectos a su apariencia natural.

En otra ocasión, el santo varón había salido del monasterio que está situado en el territorio de Jura, y se dirigía a la ciudad de Ginebra. Cuando llegó a un río de gran profundidad, sucedió que la mula que llevaba los enseres del hombre de Dios, a saber, libros y lecho, se desvió del vado público y cayó en un remolino más profundo del cauce, siendo arrastrada por la corriente, emergiendo de las aguas solo con la cabeza. Finalmente, rescatada del naufragio, fue sacada, y al examinar si las cosas, especialmente los libros, se habían perdido, fue descargada. De manera maravillosa, por la disposición de la providencia suprema, los libros junto con el lecho se encontraron intactos por las aguas, de modo que ni siquiera parecían salpicados por una tenue gota de agua. Sin embargo, las toallas y los paños de mano se encontraron completamente empapados. Es digno de notar cuán vigilante fue la protección divina hacia su siervo, permitiendo que se mojaran aquellas cosas que necesitan ser lavadas con frecuencia, pero preservando inmunes del contacto de las aguas aquellas que no pueden mojarse sin daño.

En el mismo monasterio de Jura, el hombre de Dios Odilón, en alguna ocasión, encontró a un niño llamado Gerardo, afectado por el terrible mal de la epilepsia. Este caía frecuentemente como un lunático, y el ataque de la enfermedad lo abrumaba de tal manera que en él no quedaba ni voz, ni memoria, ni absolutamente ninguna función de los miembros, y casi no se diferenciaba de un muerto. A este, el hombre de Dios, compadeciéndose misericordiosamente, ordenó a los hermanos que suplicaran la clemencia de Dios por él, y él mismo se acercó al altar sagrado para celebrar la misa; también advirtió al enfermo que asistiera. A este le dio inmediatamente el don de la eucaristía salvadora; luego, como era su costumbre, le ofreció agua santificada con el cáliz de San Majolo. Sin demora, toda la enfermedad se apartó del niño, la salud deseada sucedió; y así, por los méritos del beato varón, la integridad del vigor restaurado permaneció.

En alguna ocasión, el hombre de Dios viajaba por los escarpados Alpes de Jura, y de repente un animal de carga, cargado con algunas pertenencias, resbaló por las pendientes del monte y fue arrastrado por los precipicios de rocas y peñascos hasta las profundidades del valle. Los sirvientes descendieron inmediatamente al precipicio de la caída resbaladiza, y encontraron algunas de las pertenencias, que estaban dispersas por todas partes, intactas, pero notaron que faltaba el libro de los Sacramentos escrito en letras doradas, junto con algunos vasos de vidrio tallados con habilidad. Dejando de lado estas cosas por el momento, se retiraron al albergue, restauraron sus cuerpos cansados y descansaron en el silencio nocturno. Al amanecer, se levantaron temprano, regresaron rápidamente al lugar, y explorando más cuidadosamente cada rincón, encontraron todo lo que pensaban que había desaparecido: los vasos de vidrio se encontraron intactos; el libro dorado, aunque el tiempo lluvioso se avecinaba, no fue tocado en absoluto por la inundación de lluvias. Así, por los méritos del beato varón, ni el vidrio pudo romperse por la caída precipitada, ni el libro fue empapado por la densidad de las lluvias torrenciales.

Un noble, mientras yacía bajo un árbol, una partícula de corteza cayó en su ojo, lo que no solo le turbó completamente la vista, sino que también le trajo un peso múltiple de otras calamidades. Pues, al no poder expulsar de ninguna manera lo que se había alojado en su ojo, el sueño huyó de sus ojos; y ya no solo no podía dormir, sino que tampoco podía tomar alimentos. A este, el santo varón, llevándolo aparte, le imprimió la señal de la cruz, y soplando sobre el lugar del dolor, exhaló; luego, prometiendo ofrecer sacrificios salvadores por él, se fue. Una vez que el hombre de Dios se hubo ido, el hombre se durmió suavemente: al despertar, expulsó la partícula de corteza de su ojo, no sin una cierta pelusa, y de inmediato, hecho sano, no sintió más molestia de ese dolor.

A un clérigo de la Iglesia de Tours le había crecido una úlcera letal en el brazo de manera pestilente, de modo que ya no le auguraba una enfermedad de languidez, sino más bien la muerte misma. Cuando el hombre de Dios se hospedaba en Lucca, el clérigo se acercó y le mostró el peligro de tan calamidad pestilente. Él, como si no lo viera, tomó el brazo en secreto, le imprimió el signo de la cruz vivificante, y dejándolo ir, le ordenó que se cuidara con precaución. Poco después, cuando el clérigo intentó observar más cuidadosamente el lugar de la úlcera, no encontró absolutamente ningún rastro del mal desaparecido. Asombrado por la novedad del milagro, regresó inmediatamente al hombre de Dios; confesó lo que le había sucedido, no tanto con palabras como mostrando su brazo. Él lo tomó con bastante molestia, y lo expulsó de su presencia con indignación. Pues, como si fueran venenos de serpientes, huía de los rumores de los hombres. Afirmaba que por más sublime que fuera el edificio de una obra santa, caía repentinamente por el apetito de la vana gloria.

Además, un soldado había perdido la cordura de tal manera que, desechando completamente todo cuidado privado o público, vagaba solo y desnudo por los caminos, emitía voces inarticuladas, y se comportaba como un endemoniado por la locura de su gesto desordenado. A este, el hombre de Dios, compadeciéndose con piedad paterna, se postró con los hermanos ante el altar de San Pedro, imploró la clemencia divina con salmos y letanías, para que no permitiera que su criatura pereciera bajo la locura de esta insania. Luego, levantándose de la oración, se acercó al que sufría, lo roció con agua de santificación, y lo persuadió para que bebiera de ella. No mucho después, llegó sano y salvo a Cluny, trajo un regalo de pescado, y agradecido, relató cómo había sido completamente restaurado.

Otro soldado había perdido la capacidad de hablar. Este fue advertido en una visión de que si bebía el agua con la que se lavaban las manos del beato Odilón, sin duda recuperaría las fuerzas para hablar y la función perdida de su lengua. Por lo tanto, el agua fue sustraída por los ministros con un robo fiel, y otra agua bendecida por el hombre de Dios fue enviada al mudo desde el cáliz de San Majolo. Al recibirlas con gran devoción, cambió sus vestiduras, entró en la iglesia, y como no podía con la lengua, oró con el corazón; y así, al recibir el cáliz de bendición, reconoció que se le había restaurado la función del habla. Inmediatamente, hablando con fluidez, ofreció un espectáculo maravilloso a los que lo veían, y se hizo evidente lo que el beato Odilón podía lograr ante Dios.

Además, cuando el venerable varón tomaba alimento en una iglesia del monasterio llamado Valle Dorado, y supo que el lugar sufría una gran escasez de vino, para no agobiar al hermano que lo había recibido con alegría, estableció en común que cada uno de los comensales se contentara con una sola copa, pero que el copero duplicara la copa solo para los monjes. Sin embargo, se excedió la medida, y se ofreció abundantemente bebida a todos los comensales. En verdad, aunque el recipiente de vino era uno solo y pequeño, no solo no se agotó para tantos que bebían indiscriminadamente, sino que al retirarse, se encontró lleno sin ninguna disminución, para que por esto se evidencie claramente que el hombre de Dios no

solo pudo obtener de Dios lo que pidió, sino que también se mostraron a través de él algunos signos de virtudes que desconocía. Y de los signos y virtudes que el santo varón mostró mientras aún estaba en el cuerpo, esto es suficiente; ahora, con la ayuda del Señor, nos acercamos a explicar su feliz muerte.

En verdad, aunque el hombre de Dios se elevó sublimemente en los estudios espirituales y la contemplación divina, en el cuerpo no dejó de trabajar con diligencia en la utilidad. Fundó varios monasterios desde sus cimientos; otros, ya medio arruinados o amenazando ruina, los reparó. Les amplió las propiedades, y a algunos también les otorgó notables ornamentos. Sin embargo, enumerar en detalle qué monasterios nuevos fundó, cuáles restauró solo con paredes y techos reparados con los fondos proporcionados, lo posponemos para no parecer tejer largas narraciones, especialmente cuando en las mismas obras vivas los ojos experimentan la fe de los hechos mucho más claramente de lo que pueden ser narrados con palabras. También, como moderador insigne de la doble dispensación, brilló en el estudio espiritual ante los ojos divinos, y floreció notablemente en la industria del trabajo terrenal.

Mientras el hombre de Dios se encontraba ya en sus últimos momentos, fue obligado a soportar durante casi cinco años la molestia de una enfermedad gravísima. Pronto, por lo tanto, se apresuró a visitar los umbrales de los bienaventurados apóstoles, para que, si se le concediera lo que siempre había deseado, pudiera partir de este mundo bajo sus pies. Sin embargo, porque no está en el hombre su camino (Jeremías X), le sucedió de manera diferente a lo que esperaba. Durante cuatro meses completos permaneció allí debilitado por la enfermedad; luego, contra toda esperanza, recuperándose un poco, regresó a su hogar. Al llegar a Cluny, permaneció casi un año entero en oración, y se afligió intensamente con ayunos y vigiliias, en la medida en que la enfermedad se lo permitió. Decidió, además, que antes de pagar la deuda de la condición humana, visitaría sus monasterios con el propósito de la santa amonestación. Así, emprendida la expedición de esta santa edificación, llegó a Souvigny; y allí anunció claramente que partiría de este mundo alrededor de la festividad de la Circuncisión del Señor. Sin embargo, cuando ya estaba en la angustia de la agonía, vio al diablo presente y lo reprendió terriblemente en el nombre del temible Juez para que se alejara. En el año de la Encarnación del Señor 1048, a la edad de 87 años, y en el 56 de su ordenación, en la noche que precedía a la solemnidad de la Circuncisión del Señor, recibió los sacramentos de la sagrada eucaristía, y así entregó su bendito espíritu a Dios. Poco después, esa misma noche, cuando el cuerpo del hombre santo ya había sido llevado a la iglesia, un hermano llamado Gregorio, de la nación de Juveneta [quizás Veneciano], de naturaleza simple y vida inocente, abrumado por el cansancio de las exequias fúnebres, buscó su propio lecho en la misma celda donde el santo había fallecido, y al echarse, intentó dormir. Pero aún no completamente sumido en el sueño, vio al beato Odilón de pie ante él. A quien inmediatamente, con voz muy dispuesta, le dijo: ¿Qué haces, señor Padre? Y él respondió: Bien, hermano, y muy bien. Pues mi Señor Jesús se ha dignado asistir a su siervo por sí mismo, y mostrarle misericordiosamente su presencia. Pero en la misma hora de mi fallecimiento, en ese rincón (pues señalaba el lugar con el dedo), vi una figura muy cruel y terrible, que intentó infundirme el horror y el miedo de su visión espantosa; pero con la fuerza de Cristo confortándome, no pudo dañarme con ninguna infestación.

En la siguiente Cuaresma, sucedió que Lorenzo, de santa y venerable memoria, arzobispo de la sede de Amalfi, quien, siendo erudito en letras y bilingüe, conocía el griego y el latín, y, lo que es mucho más excelente, brillaba por la claridad de su vida loable; él, entonces, estando en Roma, durmió en el Señor. Y cuando su cadáver fue llevado a la iglesia, un cierto clérigo honesto, llamado Albero, en un rincón de la misma iglesia, entregó sus miembros cansados al

sueño; y mientras aún casi despierto, el hombre santo se le apareció, y el clérigo le dijo de inmediato: Señor mío, ¿cuándo llegaste aquí y por qué has venido? A las exequias de mi queridísimo amigo de antaño, el señor obispo Lorenzo, he venido; y, habiéndolas completado, no quise irme antes de verte. Y dichas estas palabras, la figura del que hablaba desapareció. Así, el hombre de Dios, porque vivió rectamente, murió felizmente; y porque llevó una vida admirable, justamente resplandeció con milagros. La vida de este hombre bendito es como una tabla dorada, en la que incrustamos perlas y gemas, mientras mezclamos los milagros de sus virtudes que brillan entre sus hechos. En su venerable tumba, no obstante, aún resplandecen nuevos signos de virtudes, que consideramos superfluo insertar aquí, ya que los vemos escritos por otros. Consultando, pues, el tedio de los lectores, nos contentamos con lo que hemos resumido brevemente, para honor y gloria de nuestro Redentor Jesucristo, quien con Dios Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.